

# Notas

## DOS FIGURAS INMORTALES

Por Monseñor Félix Henao Botero

En estos días se conmemoran los aniversarios de dos levitas que fueron honor de Antioquia, creadores de grandes iniciativas, educadores con la palabra, el ejemplo y las obras.

Monseñor Salazar y Herrera, de Granada, de un hogar pobre y cristiano, desde el seminario hasta la tumba sobresalió por la claridad de su talento, por la perspicacia y agudeza, por el dón de gentes y la hidalguía. Fácil de palabra, elocuente en la oratoria, sencillo y elegante, desde que fue párroco en La Ceja y Sonson, en el episcopado de Manizales y Medellín, sembró la inquietud por la educación en todos los niveles: colegios, escuelas y la Universidad Pontificia Bolivariana, numerosas escuelas nocturnas para adultos y las populares eucarísticas, son el testimonio de un pastor, el primero en fundar también en Colombia una Normal católica.

Sufrió lo indecible en la capital del Ruiz cuando la catedral quedó hecha cenizas, lo mismo que el palacio y media ciudad. Convocó a los manizalitos para recomenzar la construcción y cuando regresó a Medellín como compañero del gran Arzobispo Cayzedo, fatigado y enfermizo, desplegó una actividad que asombra a la distancia y cautiva la visión del futuro. Acaba de aparecer la obra suya, escrita por el Padre Juan Botero en la cual recoge documentos inéditos, investiga profundos quehaceres suyos y actitudes enhiestas, precisas, clarividentes. Piadoso, jovial, lector asiduo de los clásicos, su palabra tenía la donosura de los escritores eximios, su ademán la elegancia y sentimiento de quien conduce, afirma y cree con una fe ilustrada, educadora y profética. En la intimidad nadie más sencillo, jovial, insinuante y ameno. Ameno en la anécdota, en la respuesta, en la pregunta, en la sugerencia, en las salidas salomónicas en casos embotellados.

El nombró a Monseñor Sierra rector de la Universidad que fundó canónicamente a petición de un centenar de profesores y alumnos y a fe que tuvo acierto. Aparentemente seco, tenía Monseñor Sierra un corazón de entrañable bondad. Como orador sagrado, como expositor de teología y filosofía, como conductor y caudillo de juventudes puede parearse en Colombia con los grandes educadores que en la Patria han sido. Organizador práctico, al propio tiempo que pensador profundo, su figura dejaba huella por donde quiera que actuaba. En el Seminario, en la Universidad de Antioquia, en la Bolivariana, su voz de mando iba unida

## Notas

siempre a la misión de quien está convencido de una idea religiosa y de un ideal patrio.

Audaz como pocos, sensato en sus empeños, de una capacidad de trabajo abrumadora, quien se le acercaba tenía que pensar porque él hacía pensar, tenía que obrar porque su ejemplo irradiaba, tenía que admirarlo como sacerdote, como compañero, como tenaz. De mirada penetrante, enjuta la figura, quien lo escuchaba generalmente tenía que callar por el dón de convicción en que sobresalía.

Uno y otro preladados amaron al Papa, a la Iglesia, a la Patria, a los jóvenes, a los pobres y por ellos se sacrificaron con amor, con obras, sin alardes.

Sus estatuas están diciéndole a las juventudes universitarias que ellos fueron sembradores, creadores, educadores de calidades eximias. Al conmemorar estos aniversarios de su desaparición, pensemos lo que pensaron, estudiemos lo que hicieron, imitemos su valor en defender la fe, el hogar, las juventudes, las tradiciones de un pueblo y el futuro del mismo, pues ellos contribuyeron a darle a Antioquia un nuevo rumbo en el progreso, en la educación, en el sentido de superación, de abnegación y de lucha.

---

## JOTA SE HA MARCHADO

Por Monseñor Félix Henao Botero

“Quien me confesare delante de los hombres yo lo confesaré delante de mi Padre”.

La generación actual que estudia en la Universidad Pontificia Bolivariana no había nacido cuando aquel episodio que hará historia a través de la vida de la república, de la vida cultural y universitaria, se realizó de una manera milagrosa, misteriosa y profética. Veinte profesores, setenta muchachos, un arzobispo, se lanzaron, le pidieron a Dios, quisieron y fundaron una Universidad Católica, sin elementos, sin bibliotecas, sin laboratorios, sin personería jurídica, sin ninguna protección legal; al contrario con la ley amenazante y las autoridades inquietas porque había un movimiento distinto a otros movimientos universitarios en el cual Cristo era el centro y la Patria la consigna. Entre ellos José Mejía y Mejía.

Quisiera hacer una apología larga pero mi edad, la fatiga en estos días me inhiben de ello. Pero hay que decirlo, y decirlo para la generación actual y para recuerdo de la Universidad y de la Patria: esa fundación ha sido un elemento de progreso, un elemento de superación, un elemento de desarrollo, una construcción de una Patria nueva. Esa fundación nació católica, nació patriótica, nació social y continúa siendo católica, paritótica y social. Y José Mejía y Mejía fue el intérprete de sus compañeros a través de la “Rúbrica” maravillosa que leyó todo el país durante tanto tiempo. Porque no solamente en la Asamblea y el Congreso de la República y las posiciones que ocupó en la jerarquía social, sino en su “Rúbrica” admirable, leída y maravillosa, fue un apologista. Yo diría que en estos treinta años o treinta y cinco años no ha habido en Antioquia un seglar mejor apologista que José Mejía y Mejía. Pero un apologista orientado y orientador. Leyó las encíclicas, se saturó de su doctrina, se empapó de sus enseñanzas, procuró llevar sus tesis y conclusiones a Asambleas y Congreso. Y tuteló los principios del Evangelio, las enseñanzas del Pontificado y las orientaciones de las encíclicas papales hasta la última “Rúbrica”. Fue un hombre de una línea, fue un hombre de una meta, fue un hombre

convencido, fue un hombre de fe, de esperanza y de caridad. Nadie lo pudo odiar y sin embargo fue firme, tuvo carácter, enseñó sin miedo a nada ni a nadie y defendió contra ciertas corrientes contemporáneas que se servían del Concilio Vaticano II y lo interpretan mal en teología, en sociología y en política, defendió la auténtica, la legítima inspiración del Vaticano II y el auténtico y legítimo pensamiento del Pontificado Romano. Cuántos seglares le aprendieron y cuántos sacerdotes recordamos a "J" como un intérprete, como un pensador, como un hombre agradable, como un escritor exquisito, como un orientador de juventudes, como un defensor de la Patria, de los valores morales y de los valores espirituales.

Los fundadores estamos de luto. Ya se han marchado muchos a la eternidad, profesores y estudiantes. Y las tres grandes columnas fundamentales de la Universidad se fueron muy rápidamente. Monseñor Salazar, el obispo de la educación. Monseñor Sierra, caudillo de las juventudes. Juan E. Martínez, el intérprete del derecho, de la equidad y de la justicia. Y el primero de los muertos, autor de nuestro himno, fundador y estudiante, Baltasar Uribe que hizo el canto de la Universidad, canto lleno de amor, de contenido doctrinal y de espíritu bolivariano.

Estamos de luto porque se nos ha ido pero nosotros que creemos en la comunión de los santos y los que vimos cómo sufrió en los últimos días y palpamos sus dolores y su purgatorio, estamos seguros de que quien confesó al Padre durante toda su vida de escritor, de político y de parlamentario, el Padre le ha recibido con los brazos abiertos en la gloria inmortal.

Bendigamos a Dios porque en "J" teníamos nosotros los fundadores un amigo. un compañero, un orientador, un apologista y un bolivariano integral.

---

## ESBOZO CRITICO SOBRE MI GENERACION

Por Otto Morales Benítez

Por el año 39 llegamos a Medellín. Veníamos de Popayán, una ciudad llena de tradición, donde la cultura intelectual era un don natural que ceñía a las gentes. Donde el ciudadano común había asistido al espectáculo diario de la conformación de la historia. Y también, donde la patria tenía resonancias de grandeza marcial y de destino insoslayable para el hombre.

Pero lo esencial era que apenas asomábamos a la segunda y desgarrada adolescencia. Estábamos en la zona intermedia del sueño y la realidad. Entre lo que pergeñábamos en la imaginación y lo que nos devolvía a la tierra auténtica, sin afeites ni arreglos literarios. Al origen, que estaba entre mineros y campesinos. La vida estaba cuestionada. La acosábamos a preguntas, a incitaciones, a demandas sociales, a urgencia política, a requerimiento apremiante del corazón. Nunca ha sido mejor vivir, que en esa zona incierta entre la verdad radical y la duda que aparecía zizagueante y cruel.

Vivíamos inquietos porque teníamos el rigor moral de la juventud. No entendíamos ni las componendas humanas, ni las mezquindades políticas, ni aceptábamos las transgresiones de las normas sociales y éticas a que habíamos adherido. Era la exigencia sin dobleces que nos imponía la edad; la falta de conocimiento del curso de la existencia. No teníamos el adiestramiento que va entregando el dis-

## Notas

currir humano. La experiencia —dulce, amarga, evasiva— que nos va sirviendo, más adelante, para entender y justificar la existencia. La vida estaba en el hilo. Allí, colgando, para nosotros tomarla.

La conquistábamos a golpes de audacia. En las aulas universitarias, detrás de incisos, párrafos y artículos que nos devolvían una imagen de la justicia en el mundo. En las rotativas, buscando adjetivos que nos ajustaran nuestros sueños a la realidad. En los libros, indagando por palabras que nos dijeran cómo lo equitativo se armonizaba con ciertas vidas de personajes con los cuales compartimos parte significativa de nuestro tránsito vital. En las calles, descubriendo este espectáculo de vivir —el más dulce e incitante de los espectáculos— entre miradas furtivas, padecimientos sociales del pueblo, entre agridulces mostos en la noche y en el alba. En solidaridad con esa ansia de descubrir en el torbellino excitante de la literatura, el amor y la muerte, la dicha y la angustia, la pasión y la leve presencia del diálogo para unir en epítetos las creencias sobre el mundo.

Pero todo desemboca, para nosotros, en la literatura. Amábamos la poesía que nos congregaba frente a su misterio. Las páginas de las novelas, que nos permitían imaginar seres y situaciones, que todavía no nos habían asaltado en la mitad de la plenitud de nuestra lucha. Y seguir detrás de paisajes que nos situaban en una comarca determinada del mundo, la que más nos proporcionaba tranquilidad; o nos conducía a una hispida provincia, llena de avatares y de precipicios. O un ensayo que nos daba datos para nuevas confrontaciones con la realidad. Porque el libro no hace cosa distinta de ponernos en posesión de éste. Los vocablos lo van conformando, dándole su contorno, proyectándolo. Y así lo aceptamos en los autores que amamos; con sus estéticas y visiones y con sus deformaciones. La vida así, adquiere una literaria presencia. No nos damos cuenta, por la misma insistencia entre esperanzada y desazonada de la adolescencia, que nos estamos comprometiendo con otra dimensión —tan irreal a veces— que no hace sino prolongar nuestro choque con el mundo.

Pero la literatura nos rescataba de la mezquindad del ambiente. Nos ponía en vigilia de nuevos sueños. Nos llamaba apetencias dormidas. Nos daba impulso para seguir explorando nuevos caminos para el hombre, para nuestra inquietud espiritual, para encontrar alguien que expresara parte de lo que nos alimentaba en nuestro juego en el combate cotidiano. Son viáticos que nos proporcionamos para las largas jornadas. Por fortuna, hasta hoy, no han dejado de darnos esa alegría del descubrimiento de las cimas humanas y de las simas psicológicas. Por ventura, todavía, nos alimenta el renovado afán de poesía. Por gracia del don de las expresiones aunadas con finura intelectual, vivir sigue siendo para nosotros un surtidor de sorpresas en cada creación mental.

Ese propósito inicial de ser fieles a la literatura, no ha sido doblegado. Otra cosa es que el balance no sea lo suficientemente favorable. Pero seguimos firmes al pie de nuestras banderas. Y escribir fue, entonces, un mandato. Teníamos sentencias y protestas para ordenar en párrafos y compartir con nuestras gentes. Desde allá vinimos tratando de tener un medio para expresarlas. Creemos que este es un oficio que no se cancela nunca en su intención de ser claros, limpios y comprometer al lector con nosotros. Es bien difícil acceder a un estilo, llegar a conformarlo. Quizás no se termina de inventarlo, de integrarlo para que lo reconozcan como parte de nuestro tránsito vital e intelectual. Seguramente en ello participan las nuevas experiencias: el conocimiento de otras técnicas; las influencias que nos asedian y custodian; el cambio de actitud ante el universo, que se va precipitando

con los hechos. Con éstos, que duramente golpean o alegremente interceptan los propósitos. Simplemente, con la presencia de la "diaria vida".

En todo caso, caer en la literatura —leyéndola, tratando de traducir nuestra inquietud ante el mundo en voquibles— era un gran anhelo. Además, un poco el camino de la gloria. De la "voltaria gloria". Y lo más esencial: tener un destino. El nuestro. El que habíamos soñado, el que nos daba fuerza y alegría. Era como llegar al gran mundo. Quizás en nuestra ingenuidad provinciana, era la única manera de poder conocerlo, sentirlo, valorarlo, hallarlo concorde y lúcido como lo habíamos intuído. Así sentíamos ese incitante rodar de las palabras por los poemas y por los libros. Que lo completábamos con ardor por la pintura y la música. Por toda manifestación en signos estéticos. Quizás, también porque entendamos que, en todo, había una representación. Y en lo intelectual, ésta está sofisticada por lo inaccesible, por sus signos cabalísticos. Porque a ella no llegan sino los iniciados. Casi que diríamos los privilegiados. Los de la capilla intelectual. Ese mundo tiene tanto de misterio y de difícil, que nos mantiene alertas y ensimismados. Y como cada creador le da a su obra el aporte de su inteligencia y de su sensibilidad, la interpretación del mundo adquiere cada vez, una dimensión nueva. Por ello su irradiación no termina, ni se detiene, ni se disminuye. Para cada generación las palabras tienen un acento y un eco diferente en su corazón. Ese es el hechizo grato de la inteligencia.

Pero nos veíamos atraídos por otro polo de interés: la política. Nuestros escritores colombianos, en ese instante histórico, estaban doblados de políticos. El gran escenario para que los vieran y admiraran, estaba en el parlamento. Y para lucir en éste se necesitan muchas condiciones: la inteligencia, la identidad con la patria, conocimientos muy variados, la nobleza en la conducta, la autenticidad en los razonamientos, la jerarquía de los enunciados. Además, se vivía una tendencia, que ha ido degenerando notablemente, como era la de la oratoria, engalanada de nobles períodos. Estas no podían venir sino de la lectura de la poesía y la novela. Ellas no acuden a los mítines por su propia solicitud. Ni nos asisten con su gracia, si no hemos pasado horas de paciente lucha con ellas en el escritorio. Confrontándolas, auscultando su significado, descubriendo sus proyecciones, porque cada sílaba tiene oculto un poder y el matiz al usarla indica cuál puede ser su alcance y su resonancia.

Quedábamos, pues, otra vez enfrentados al misterio del lenguaje. Sin ninguna duda era lo que nos urgía en el mundo y lo que nos comprometía con él. Fuera de que en Colombia se vivía uno de los momentos más interesantes desde el punto de vista ideológico. Nos hallábamos todos cautivos por la mente creadora de Alfonso López Pumarejo. Y cada día anunciaba una nueva situación política, que implicaba un bucear en una inédita parcela del conocimiento social. Branciaban los temas como motivos intelectuales. Allí estaba un equipo mental muy adiestrado, que, después, le ha dado gloria y creación a las horas del porvenir colombiano. Los enunciados ponían a las gentes en vigilia. Los estudiosos tenían que profundizar sus tesis para presentarlas al examen nacional. Los críticos se veían obligados a conseguir pertrecho intelectual apelando a los tratadistas del último momento internacional. Era la incorporación de Colombia a la era contemporánea.

Todo coincidía, además, con un cambio de estilo en la literatura. Quienes participaban en el gobierno y aquéllos que estaban en oposición, venían todos de la literatura. Por ello tuvimos tan buen idioma en esa época. Y tanta nobleza en el estilo. Nadie se atrevía a proclamar ni su indigencia intelectual para reclamar la adhesión popular ni su desconocimiento del mundo estético en que se movía

## Notas

el universo. Al contrario, todos pugnaban por alcanzar una proyección espiritual. Y era la única manera que les daba audiencia el país.

La política era una puerta de entrada. Y mi generación se encontró, como las anteriores, que, por falta de crecimiento del país, de la única manera que se podía sobresalir era llegando a ese mundo maravilloso de la política. Si se amaba la gloria, entonces la política era tránsito obligado. Existía, en mi caso personal, con ésta un compromiso que nacía de subterráneas enseñanzas en la niñez y de influencia en ese medio entre bohemio, displicente y grave ante la patria, que es Popayán. Todo nos concitaba, por lo tanto.

Hoy las nuevas generaciones piensan menos en la política. Esto es malo para ellas y para el país. Porque la política es un destino del cual no nos podremos liberar. Ella influye sobre todo, irradia sobre cada acto. El Estado cada vez tiene más poder para abarcar temas, materias, y para participar con su actividad y su señalamiento de rutas, en todo lo que interesa al hombre. El ser indiferente ante ella o el desconocerla, es tanto como estar al margen de nuestro propio destino. Pero ese desdén tiene una explicación, que para nosotros aparece lógica. Y podríamos enunciarla con la mayor economía de palabras y de tesis, así: el país se ha diversificado en su desarrollo; las universidades han crecido en todas las provincias; se ha formado una clase dirigente en un sector privado; se ha creado una jerarquía en cada comarca con sentido crítico del porvenir nacional, en referencia con lo que les conviene local o regionalmente. Naturalmente todo demanda, para atender sus urgencias, mucho personal. Y cuando éste resulta brillante, sin haber participado en la política y sin experiencia en el manejo de las situaciones públicas —tan diferentes en sus enfoques, a veces, de las privadas— es convocado por la nación para que colabore. Resulta claro que el ejercicio político diario no era necesario para alcanzar la posición. Pero no sucede lo mismo en la práctica: se encuentra ese personal con falta de dominio del medio público, de las relaciones colectivas, de identidad con las aspiraciones de la comunidad. Surge la dicotomía entre el técnico y el político. Se consuman así actos de distorsionamiento de la verdadera realidad colombiana, o de su posible evolución hacia adelante, porque la falta de sentido político no preside los actos de gentes inteligentes y probas. Y se crean grandes vacíos en la opinión pública.

La política nos concitaba, también, porque era una actitud de la “inteligencia” universal. Marinetti pregonaba su credo estético y, a la vez, se comprometía en la batalla de su partido.

D’Annunzio adhería con la vehemencia de su sensibilidad casi delirante. André Malraux era un combatiente con la pluma, en el aire y en la trincheras. A nuestros poetas de cabecera, Federico García Lorca y Miguel Hernández, los asesinaban en nombre del orden de una contrarrevolución democrática. Pablo Neruda exponía el prestigio de poeta y su carrera diplomática por favorecer a gentes de bandería. De suerte que la literatura, en ese momento, se entrelazaba, en agresivo mandato, con la política. Y cada cual tenía una conducta frente a ésta. El mundo precipitaba a hablar el lenguaje de la izquierda y de la derecha. Aún no ha terminado esa beligerancia.

Quien anda con su adolescencia revuelta entre la literatura y la política, como era nuestro caso al arribo a Medellín, se encuentra con un problema. Que, además, es el de todas las generaciones al comenzar su lucha: ¿Dónde expresarse? ¿Cómo decir su verdad?

Cómo principiar a que el mundo descubra sus respuestas —las de todos los siglos— que uno cree tener en sus palabras?

## Notas

Por fortuna, nosotros hallamos, en las mismas puertas de la Universidad Pontificia Bolivariana, al Doctor Fernando Gómez Martínez —otro escritor político— quien nos guiaba por las preocupaciones del Derecho Constitucional y nos armaba caballeros de la inteligencia al entregarnos, en compañía de Miguel Arbeláez Sarmiento, la dirección de una página literaria en el gran rotativo “El Colombiano”. Este periódico tenía larga travesía en la vida de Antioquia y se le escuchaba, como hoy, con respeto en el país. Estaba identificado con las grandes jornadas de la patria y con las más recias de la raza, de la comarca, interpretando la voz de los patriarcas. Con su conservatismo sin dobleces había tomado la iniciativa de representar, a la vez, la conciencia de todo el conglomerado social sobre el cual influía. Su autoridad emanaba como fuente natural de la vigilia que sobre él ejercían letrados, jefes y consejeros humanos de la provincia creadora. Allí anclamos con nuestros sueños, con nuestra pasión por la gloria, con nuestro sonámbulo ambicionar que el mundo obedeciera a nuestro mandato lírico y la patria fuera creciendo a la amplitud de nuestro contorno ideológico. Allí, ya lo dije en otra ocasión, Fernando Gómez Martínez y Don Julio C. Hernández, nos impulsaron para que hiciéramos una especie de frente nacional de la inteligencia.

Entonces organizamos un suplemento dominical, con el nombre de “Generación” que era compromiso y mandato. Compromiso en cuanto queríamos que por esas páginas se presentaran todos los nuevos valores nacionales, que tenían como nosotros, por la edad y por la falta de prestigio, su voz clausurada y que, como nosotros, andaban también en un caótico mar de sueños, buscando el norte con la brújula de la imaginación creadora. El mandato estaba en ser fieles a nuestra vocación. A esa que hemos dejado fluir en esta página.

A nadie se le pidió filiación. Ninguno tuvo que jurar fidelidad a ciertos principios. Todos teníamos un solo compromiso: que amáramos el destino estético. Que creyéramos que ésta era el sólo afán de nuestras vidas. Y que se manifestara con nobleza espiritual en sus páginas. Bien en la poesía. O en la prosa del ensayo severo. O en el cuento vibrante de pasiones y de palabras estremecidas. O en la simple prosa que ambicionaba centrar el mundo, su mundo estético. No queríamos que nadie tuviese qué ocultar su pensamiento de bandería. Al contrario: que lo manifestaran allí abiertamente, aun cuando las páginas de “Generación” aparecieran con juicios contradictorios. Nosotros incitábamos. Llamando a la gran conjura de la inteligencia. Nuestra solidaridad era con la patria y con el destino intelectual. Y sabíamos que quienes asistíamos a la Universidad, tendríamos, mañana, que tomar una actitud. Lo mejor era que la tuviéramos clara frente al pensamiento universal.

Por eso nos sentíamos solidarios entre todos. Enfrentados en tesis políticas y estéticas, muchas veces, pero unidos con ese hilo de mágico poder que es la juventud.

Esas páginas fueron así de claras. No teníamos aún el juego mañoso, ni el cálculo atisbaba cada uno de nuestros actos.

Aún no se combate entre las gentes de esa edad. Ninguno tiene tiempo para alinderarse contra el otro. Todo está tan abierto que las posibilidades nos crecen cada mañana. Después, cuando el universo se vuelve mezquino en sus dones, el ser principia a recelar, a parcelar su entusiasmo, a buscar la soledad más que la compañía. Es el principio del gran deslinde. Que, después, se vuelve cerco para el hombre en la idea, en la trinchera de combatiente.

Quien repase las páginas de “Generación”, encontrará que la poesía acreditaba nuestra presencia en el mundo. No hay un sólo número en que ella no

## Notas.

ocupe un espacio amplio, con autores que estaban renovando todo su poder lírico. La poesía tenía una importancia esencial, y, por fortuna, la sigue teniendo en nuestras horas actuales. Ella nos iluminaba, nos suministraba parte de la ternura del mundo. Nos ponía en quicio con lo que queríamos decir en las horas del amor. Nos comunicaba su fuego revolucionario, porque eran las primeras etapas de la "poesía comprometida". De suerte que nos acompañaba desde el juego amoroso hasta la barricada social.

Ahora que me he enfrentado a esta reseña de esa época, me doy cuenta de que algunos autores nos estimularon más que otros. Pero advierto, igualmente, que su influencia desaparece, no nos volvemos a encontrar con sus páginas. O simplemente ellas están en el subfondo de nuestras vidas, y emergen cuando menos nos percatamos. El hecho es que sin pretender agotar la materia —y menos sin que estos nombres nos pongan en la pista de toda nuestra filiación ideológica y mental— podríamos citar algunos nombres. Rainer María Rilke nos inclinaba hacia su vida pura y su poesía que era trasunto de su sensibilidad. Y todo lo que él tocaba, tenía la virtud de revertir en canto. Lo mismo en su prosa que en sus libros de versos. Kafka nos conducía frente al pavor del laberinto que es la existencia, por simple que esta sea. Y nos llevaba fácilmente a que aceptáramos muchas de las agonías de Don Miguel de Unamuno o a que nos desgarráramos con las angustias metafísicas de Kierkegaard. Haya de la Torre nos enfrentaba a América, en su convulsionado e injusto mundo social, y su biografía nos mostraba la crueldad del destino político de quien buscaba transformar unas sociedades cerradas, que no querían ceder en sus privilegios. León Felipe nos traía su voz honda, ronca de tanto gritar su dolor, el de su pueblo, el de España, ante la histeria de un movimiento contra la república. Su mensaje poético era como de un gran profeta. De uno de los más recios luchadores contemporáneos. Eduardo Mallea, en su "Historia de una pasión Argentina", nos hacía estremecer pues era un libro de juventud, identificado con ésta en la pureza, en los juicios, en los anhelos y en las denuncias. Es un libro de acento moral sobre su patria. Es el mismo que todos hemos querido escribir sobre el mapa de cada uno de nuestros países. José Carlos Mariátegui nos convocaba por todo: por su pensamiento agudo y su prosa de maestro ya con un puesto en el mundo marxista; por la dureza de su existir, por la agonía suya en la literatura y en la vida. Xavier Villaurrutia, desde México, nos sugería el gran compromiso de buscar la palabra exacta para descubrir nuestro asombro ante la muerte. Herman Hesse nos conducía a ese mundo creado en su obra, en donde está todo lo de luz y sombra que tiene el hombre y la humanidad. César Vallejo nos disparaba sus hondas cargadas de dolor y de silencios, comprometiendo la existencia en una desgarradora combustión. Estábamos, pues, amojonados por la poesía, que era siempre la bandera, y por unos límites que iban desde la angustia a la muerte, del asombro al amor y del padecimiento social y humano ante la emergencia contemporánea. Nadie ha tratado de estar más cerca de su tiempo que nosotros en esas páginas henchidas de viento poético de "Generación".

Cuando el suplemento apareció, el grupo "Piedra y Cielo" estaba en todo su furor combatiente. No era nuestra generación. Era la precedente. Pero tenía un poder de irradiación sobre nuestro espíritu, que era apenas natural si pensamos que ella estaba transformando la materia poética, y los medios para expresarse a través del verso. El traía un acento lírico, que producía escozor en las gentes que poseían otra sensibilidad y estaban comprometidas con otras reglas de preceptiva literaria. Y resumía la gran enseñanza de la generación española del

98. Además, principiaba a jugar en el escudriñamiento de todo lo que dominaba de misterio y de enseñanza de Garcilaso de la Vega y el mismo señor de Quevedo. De suerte que era el gran cambio estético.

El buen escritor Alberto Durán Laserna, que dirigió en Bogotá a "Generación"; Antonio Cardona Jaramillo, el cuentista "Antocar", el que dio fidelidad a su tierra del Quindío y a su encendimiento lírico y Carlos Ariel Gutiérrez, el de la prosa fina y de noble andadura por la literatura y la política, compartían con los piedracielistas la vida en los cafés de la capital. Ellos fueron nuestros compañeros en la marcha. Con su ejemplo ayudaron a levantar muchas vocaciones. Los he mencionado para que sepan dónde situarnos y por dónde andaba nuestro combate. Ellos irrumpieron contra los valores consagrados. El maestro Guillermo Valencia, que durante los últimos veinticinco años había dado lumbre al espacio poético colombiano, fue escogido como su contrincante. A la par que escribían cuadernos de versos, tenían que librar una batalla estética, explicando su credo, su mensaje y el alcance de su revolución estética. Naturalmente los confundían con quienes, por la misma época, y desde ángulos muy diversos del mundo, enviaban su mensaje cifrado, impenetrable, que traía reminiscencias de todos los "ismos" literarios. Y "Generación" en sus páginas, publicaba parte de este bullicio estético. Entonces las confusiones aparecían propicias. A nosotros, los directores —Miguel Arbeláez Sarmiento, Alberto Durán Laserna y yo— nos acusaban de estar haciendo un daño irreparable a la literatura nacional. Lo único que sabemos hoy es que los valores que por allí desfilaron, con su pro o con su poesía, tanto extranjeros como nacionales, siguen dando pautas al mundo para su asombro, su explicación y su futuro.

Allí están todos los nombres que después vinieron a ser las gentes afiliadas a nuestra generación. Desde Daniel Arango, Andrés Holguín, Eduardo Mendoza Varela, hasta Jaime Posada, Pedro Gómez Valderrama o Helcías Martán Góngora. No doy más nombres para no caer en los olvidos. Pero cada uno tuvo en esas páginas su consagración y su estímulo. Casi todos han persistido en su propósito intelectual. Algunos se han inclinado más por la política, olvidando su compromiso de simples pergeñadores literarios. Pero están en la línea del servicio nacional. Y con sus inteligencias iluminando alguno de los diferentes frentes de combate por nuestro destino.

El perfil de nuestra generación, también muy delineada por la poesía, va hacia el ensayo, la interpretación sociológica, el mandato político-social, la prosa comprometida en la novela y en el estudio de la circunstancia colombiana. Fue y es un grupo más amplio en sus afanes y menesteres. Quizás por haber compartido la política, en la época de la violencia, todos nos vimos mezclados en la lucha, agitados en el furor democrático, tratando de recuperar la confianza colectiva que segó la muerte en acecho. Muchos de los nombres de mi generación son patrimonio de la patria, en el campo de la política, con perfiles de jefes o de estadistas. Otros han adquirido resonancia universal por sus obras. Y allí en "Generación" nacieron, se empeñaron en decir su verdad o en repartirla. Bastaría citar dos nombres, y por cierto que de antioqueños, que nos harían volver por el crédito de verdad que tienen estas palabras: el escultor Rodrigo Arenas Betancourt y el político Belisario Betancur.

Lo que mejor recordamos de esa época, fue la ausencia de mezquindad. Nunca tuvimos cálculos, ni recelos, ni entregamos los homenajes con parquedad. Estábamos abiertos al descubrimiento de la inteligencia nacional. Se hizo sin un minuto de reposo. Vivíamos en olor de literatura. Muchas veces el filo del ama-

## Notas

necer nos encontró organizando el suplemento, descubriendo la ilustración que comprendiera el significado de la obra publicada, que le diera marco y gracia en la presentación. Las galeras del periódico nos tuvieron atados a su mandato. Y los ilustradores de suplemento Hernán Merino, Aníbal Upegui, Arturo Puerta, entre otros de nuestra misma generación, compartían esa ansiedad por ordenar el mundo literario del futuro. Por cambiarlo. Por darle un nuevo acento al mensaje intelectual.

Todo ello coincidía con una etapa esencial para descubrir fuerzas que tenía ocultas el país. Se hizo un gran movimiento de masas, que adoctrinaba al presidente Alfonso López. Se despertaron las apetencias de las fuerzas sindicales. Se combatió con acento social. El país salía de una etapa pastoril hacia la gran transformación industrial, que aún no termina de cumplir. Antioquia jugó un papel en todo este proceso. Los “grupos de presión”, sin ese rótulo todavía, principiaban a caminar desde lo económico y desde lo popular. Se batallaba por una democracia social. Los recursos naturales adquirían, de repente, una significación que comprometía a todo el país. Un nacionalismo aún incipiente, que todavía no hemos terminado de vertebrar, escuchaba las primeras palabras de estímulo. El mundo moderno sonaba en sus voces estridentes, en sus sirenas creadoras, en sus hélices hendiendo el cielo, con sus consignas de revolución —marxista, nazista, franquista— comprometiendo las conciencias.

En todo ello, lo válido fue lo social. Monseñor Félix Henao Botero, rector de nuestra Universidad, así lo entendió. Principió a plantearlo entre plática y plática, alternando entre la tradicional temática religiosa y unos razonamientos que muchos consideraban inapropiados porque no estaban ceñidos ni al cielo ni al infierno. Fue la primera impresión de la Iglesia, también moderna, que tuvimos. Para nosotros que veníamos de combatir en la calle, que estábamos emparentados con la “revolución en marcha”, ese acento social nos concitaba y nos comprometía. Nunca hemos roto esa atadura. Ha sido esencia de nuestra lucha política. Muchas de nuestras páginas están bajo ese signo.

Lo social ya fue el tema del país. Lo sigue siendo. Por ello en “Generación” hay tanto ensayo sobre la materia. Claro que en prosa de rigor, en el primor de la expresión. No queríamos nada que estuviera escrito en “aguachirle castellana”. Por eso no han perdido actualidad esas páginas. Allí está vibrante el país. Aparecen los signos, débiles algunos y otros muy firmemente dibujados, del mundo que nos ha correspondido vivir. No hubiéramos estado completos si este tema no lo descubrimos a tiempo. Era tanto como haber estado contra la época, la lucha, y nuestro propio destino. Y el del pueblo colombiano.

Esta mágica tarea la cumplíamos en Medellín, que lo envuelve una luz de permanente primavera. Allí hay una claridad en el ambiente que dimana del reflejo del sol sobre unas montañas que ciñen la ciudad. Los árboles de La Playa, gigantescos, poderosos en su fuerza natural, nos custodiaban cuando salíamos del café “La Bastilla”, donde la tertulia florecía en paradojas. La calle de “Junín” era el sitio donde todos estábamos atentos al fluir de ese río interminable de mujeres hermosas, que le dan a la capital de la Montaña su misterio y su encanto.

Allí aprendimos los mejores caminos del amor. Por fortuna no nos equivocamos. En ellos íbamos con la tibia temperatura del ambiente, envueltos en la magia de nuestro deslumbramiento. Aún no hemos terminado de descifrarlo.

La atmósfera de Medellín nos envuelve otra vez en el recuerdo, con la majestad de su luz, quebrada sobre los lomos ásperos de la montaña.